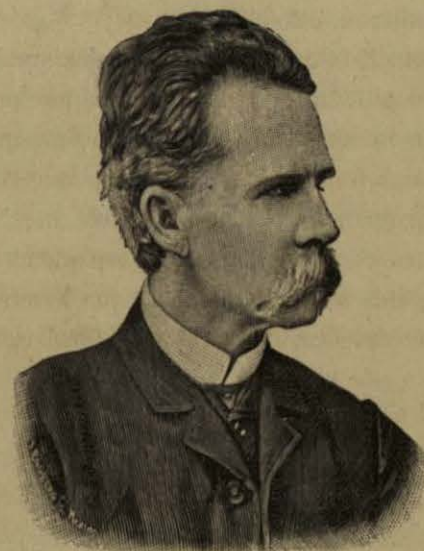
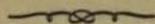


seguir en estos bosquejos literarios la censura que provoca la controversia, ni dejo de ver en el fecundo escritor argentino á uno de los que mayor y más útil influencia ejercen con su saber y con sus excelentes cualidades. He querido tan sólo que se vea que precede á la labor que me ocupa el estudio de las obras que menciono, y que, á seguida, rindo tributo á la verdad, exponiendo lo que mi conciencia me dicta.

Para terminar, diré que el Sr. Pelliza desempeña desde hace algunos años en su patria, el elevado y muy honroso encargo de Sub-secretario de Relaciones.



JORGE ISAACS.

COLOMBIA es entre las Repúblicas hispano-americanas una de las que con mayor justicia pueden gloriarse de haberse distinguido siempre por su amor á las letras. El pueblo más adelantado se enorgullecería de contar entre sus hijos á historiadores como Restrepo, Acosta, Plaza, y Groot; á humanistas como D. Miguel Antonio Caro; á filólogos como D. Rufino J. Cuervo; á poetas como Gutiérrez González, D. Rafael Núñez, D. Rafael Pombo, los hermanos Caro, Rivas Groot, y tantos otros; á narradores como Caicedo Rojas, á publi-

cistas como Torres Caicedo y Vergara y Vergara; á novelistas como Eugenio Díaz y Jorge Isaacs, de quien vamos á tratar en este capítulo.

Larguísima lista de escritores y poetas que han cultivado los ramos todos de la literatura, podríamos presentar si fuera necesaria tal enumeración para justificar el renombre de una República á la que tantas veces se ha llamado la Atenas sud-americana, No es necesario acometer tal empresa, toda vez que es una verdad reconocida universalmente la que hemos estampado al dar comienzo al presente estudio; ni cabría dentro del plan por nosotros seguido hasta aquí, reseñar siquiera el nacimiento, desarrollo y estado actual de las letras colombianas; trabajo ya desempeñado con insuperable maestría por D. José Rivas Groot excelente poeta y atildado escritor, cuya fama ha traspasado los mares.

Vamos á hablar de Jorge Isaacs, el autor del libro de que se ha hecho mayor número de ediciones en la América Latina; que ha sido reimpresso en Europa varias veces y que acaban de verter á extraño idioma, popularizándolo de tal suerte que,—como dice D. Alberto Lavergne Amaya,—ha venido á ser como la biblia de la literatura colombiana, porque en todo el Nuevo Continente el nombre de Jorge Isaacs y el de Colombia van inseparablemente unidos.

Jorge Isaacs nació en Cali (Colombia) en el año de 1837; hijo de un caballero inglés activo é industrial, que se había formado una fortuna si no pingüe sí bastante para proporcionar á su familia las comodidades

apetecibles, y de una dama colombiana de origen español. De raza y religión judías el padre de Jorge Isaacs, convirtiéndose al catolicismo que era la religión de su prometida, para unirse á ésta. Así se explica que tanto en la persona como en las obras del popular novelista se encuentren reminiscencias hebraicas y rasgos característicos de las razas sajona y latina.

Cuál haya sido la educación literaria que Jorge Isaacs recibió, cosa es de que no podemos afirmar nada, pues reduciéndose á unas cuantas líneas las noticias biográficas que en diversas obras hemos compulsado para escribir hoy estos apuntamientos.

De su vida pública poco hay que decir. Ha desempeñado varios cargos públicos, siendo en distintos períodos legislativos miembro de la Cámara de Representantes, por Antioquía, Cauca, y Cundinamarca; Secretario de Gobierno y de Hacienda en Cauca, y Director de Instrucción Pública en Tolima.

En 1872 regentó en Santiago de Chile el Consulado General de Colombia; colaborando, durante su permanencia en aquella capital, en el *Mercurio*, en el *Sud-Americano*, en la *Revista de Santiago*, y en la *Revista Chilena*.

Fungió diez años después (1882), como secretario de la Comisión Científica, á la que el gobierno de su país encomendó la exploración de ciertas regiones de su territorio.

Una vez entronizado en el gobierno de Colombia el partido conservador, Jorge Isaacs que profesa ideas liberales ha vivido alejado por completo de los asuntos

públicos, dedicándose á la mineralogía para procurarse el sustento propio y el de su familia.

Viajes frecuentes y dificultosos por extremo, penalidades sin cuento, amargas infinitas, todo lo ha arrosado con espíritu fuerte, robustecido en esa tremenda lucha por la existencia, por el entrañable amor que profesa á su virtuosa compañera y á sus hijos. Pero aunque respecto á este último período de la existencia de Jorge Isaacs tenemos datos seguros para trazar el cuadro sombrío de sus tristezas, no lo haremos. Descorrer el velo de la vida privada, por más que en ella no exista mancha alguna, no sólo es indiscreto y torpe, sino reprobable é indigno del escritor que se respeta. De más de esto, es la obra literaria de Isaacs la que debemos estudiar, porque por ella se le conoce y admira en México, en toda la América Latina y en Europa misma. Así pues, para terminar esta brevísima noticia biográfica, diremos con positiva complacencia, que según los periódicos colombianos que últimamente hemos recibido, la Empresa de hulleras del Atlántico en la que tiene cifradas Jorge Isaacs sus más halagadoras esperanzas, es una empresa magna que adquiere cada día más excepcional importancia. Es de esperar, por lo mismo, que la fortuna esquiva y más que esquiva cruel hasta hoy con el renombrado escritor, le concederá en breve sus dones; premio por él conquistado á fuerza de perseverancia en el trabajo, venciendo el sinnúmero de dificultades que ha encontrado á su paso. Porque Jorge Isaacs—es esta la ocasión de decirlo,—ofrece en su vida de labor asidua, el testimonio más elocuente de

que el poeta y el literato de nuestro siglo, no desdenea el proporcionarse el sustento con el sudor de su rostro, cuando por las circunstancias especiales del medio en que vive no son productivos los trabajos intelectuales; porque desde el instante en que se dan á la publicidad quedan á merced de la desvergonzada piratería de editores sin ley y sin conciencia. El poeta y el literato, en el siglo XIX, no se parecen á aquellos holgazanes que, á título de creerse ungidos por el óleo del genio, menospreciaban el trabajo honrado y mendigaban el sustento cantando en los palacios de los magnates; el poeta y el literato no se conforman con el aplauso ó la admiración á que las inteligencias superiores son acreedoras. Saben muy bien que el talento es don celeste y quieren deber á sus propios esfuerzos la estimación y el respeto de las sociedades; estimación y respeto mayores en tanto que para alcanzarlos ha sido preciso luchar sin tregua, hasta aniquilar al monstruo de la adversidad.

Entre otros, este es uno de los signos indelebles con que pasarán á las edades venideras los nombres de los poetas y escritores del siglo actual.

Mas es hora ya de tratar de la vida literaria de Jorge Isaacs.

Allá por el año de 1864 presentóse en Bogotá un joven completamente desconocido hasta entonces, con un volumen de versos que fueron recibidos con raro entusiasmo. Tres años después, el mismo joven daba á la estampa una novela que en breve le hizo popular.

El joven era Jorge Isaacs, á quien desde luego se le pronosticó que su novela había de obtener cordial acogida no sólo en su patria sino en Europa. "*María* hará largos viajes por el mundo,—dijo el Sr. Vergara y Vergara en 1867,—no en las balijas del correo, sino en las manos de las mujeres, que son las que popularizan los libros bellos. Las mujeres la han recibido con emoción profunda, han llorado sobre sus páginas, y el llanto de la mujer es verdaderamente el laurel de la gloria."

El mismo crítico agregaba: "Estos primeros trabajos, unidos á la circunstancia de que su autor es muy joven, dejan vaticinar una carrera llena y..... desgraciada tal vez, porque no hay ejemplo de que los hombres de genio hayan vivido felices. El privilegio de conmovir los corazones se compra muy caro: al precio del propio corazón."

Voces proféticas fueron las del crítico. *María*, durante muy cerca de un cuarto de siglo ha venido formando el encanto de centenares de miles de lectores que han hecho suyas, valga decirlo así, la tristeza y las lágrimas de Efrain, al propio tiempo que el autor del bellísimo idilio ha apurado las amarguras del genio. Jorge Isaacs ha encontrado en su camino asperezas sin cuento, y días ha habido en su combatida existencia, en los que una alma que no fuese del temple de la suya habría sucumbido al peso del dolor.—Rico, verdaderamente rico sería si la honradez humana no diera tan arbitraria interpretación á los derechos del genio, cuando enaltece á éste por explotarle en provecho propio. En toda la América Latina y hasta en Europa, las edi-

ciones de la novela de Jorge Isaacs se han multiplicado produciendo á los editores pingües ganancias sin que esos editores hubiesen nunca pensado ni en enviar al autor un ejemplar de la obra. Solamente en nuestra República se han agotado cuando menos cien ediciones de la *María*, desde las plagadas de erratas, de los folletines de los diarios, hasta las de esmerada impresión en forma elzeviriana; sin que hubiesen sido un obstáculo para la venta de esas ediciones mexicanas, las europeas de la misma obra, bellamente impresas y lujosamente encuadernadas.

Jorge Isaacs no debe sorprenderse al saber que sin conocimiento suyo se han multiplicado en México las ediciones de su novela. No existe en el mundo, seguramente, pueblo alguno que vea con menos respeto la propiedad intelectual. Ni el reconocimiento de ésta por la autoridad, sirve para asegurarla. El autor de este libro lo sabe por experiencia. Vió un día,—permítasele esta digresión,—el anuncio de un *Anuario coahuilense*, del que se hacía, entre otras, la recomendación de contener las biografías de los más eminentes ciudadanos, hijos de aquel Estado. Devoto como es de los estudios biográficos, compró el *Anuario* y encontró en sus primeras páginas reproducidas, omitiendo el nombre del autor, las biografías por él escritas y publicadas. Y no era esto sólo: el compilador, con el mayor desembarazo del mundo, aseguraba que había emprendido la ímproba tarea de sacar del polvo de los archivos documentos y noticias que venían á derramar la luz sobre la vida de aquellos personajes por nadie estudiados antes!

Y no es esto sólo. En los diarios y en los libros, ve el autor reimpresas sus biografías, suprimiendo arbitrariamente el nombre del autor y el título de su obra, que es explotada por sus amigos lo mismo que por los desconocidos.

Si á quien reside aquí mismo se le despoja con tal desfachatez, ¿qué no se hará con el autor extranjero?

No se admire pues, Jorge Isaacs de que los editores mexicanos hayan lucrado con la popular novela, en tanto que él ha luchado con la pobreza; y ha peregrinado por entre las asperezas del suelo colombiano para hallar, tras rudos afanes, la fortuna en el laboreo de las minas; lo que la fulgurante inspiración de novelista no le dió nunca. Hasta hace muy pocos meses, Isaacs se veía acometido de tristísimos desfallecimientos; pero, por dicha, la prensa de su patria nos ha comunicado recientemente que,—como apuntamos ya,—la empresa de hulleras del Atlántico hace concebir las más halagadoras y fundadas esperanzas.

Y, cosa singular! Como si el destino se hubiese empeñado en que jamás se separe de la frente del autor de *María* el rayo de luz que esta novela puso en ella, ha coincidido con la noticia de la brillante perspectiva que las hulleras le ofrecen, la de la versión inglesa que acaba de hacer de su celeberrima *María*, la casa de Harper en Nueva York!

Antes de proseguir; ó mejor dicho, antes de dar á conocer los juicios que sobre el bellissimo libro de Isaacs han formulado diversos autores, con algunos de los cuales no estamos de acuerdo, y á quienes por lo mismo

procuraremos refutar, vamos á aludir á una cuestión que se suscita cada vez que de la *María* se trata. Seremos poco ó nada difusos, pues no queremos cansar al lector.

Un estimable escritor chileno, á quien ya hemos citado en este libro, dice que *María* no es el romance de su autor que goza de reputación envidiable como abnegado esposo y tierno padre de familia, sino el poema en prosa, de un afecto lógico, característico en las almas vírgenes de los pueblos que nacen y se desarrollan en el seno de la naturaleza, lejos de las pasiones civilizadas. Sin que pretendamos destruir la afirmación de ese escritor, haremos notar que aquellos que han creído descubrir en las páginas de la novela colombiana la historia, más ó menos disfrazada con las galas de la imaginación, del primer amor del hijo preclaro de Cali, no han ido tal vez muy descaminados, por lo que se verá en seguida.

D. J. M. Vergara y Vergara, escritor colombiano que á raíz de la publicación de la *María* hizo de la novela un breve juicio crítico (1867), juicio que ha sido reproducido al frente de algunas de las ediciones de la misma obra, al dar, con laconismo que lamentamos, ciertas noticias biográficas de Jorge Isaacs, dice: "Era su padre inglés de nacimiento pero de raza judía; el amor lo inclinó á la religión de Jesucristo, y le dió otra patria, la nuestra, donde se estableció casándose con la hija de un capitán español."

Ahora bien, en el capítulo VII de *María*, se lee: "Cuando hizo mi padre el último viaje á las Antillas,

Salomón, primo suyo á quien mucho había amado desde la niñez, acababa de perder á su esposa. Muy jóvenes habían venido juntos á América, y en uno de sus viajes *se enamoró mi padre de la hija de un español, intrépido capitán de navío* que después de haber dejado el servicio por algunos años, se vió forzado en 1819 á tomar nuevamente las armas en defensa de los reyes de España, y que murió fusilado en Majagual á 20 de Mayo de 1830. La madre de la joven que mi padre amaba, exigió por condición para dársela por esposa, que renunciara él á la religión judaica. Mi padre se hizo cristiano á los veinte años de edad."

¿No hay, después de confrontar los pasajes que acabamos de transcribir, razón sobrada para sospechar,—ya que no para darlo por un hecho incontrovertible,—que *María*, es, contra lo que opina el Sr. Figueroa, *el romance de la vida de su autor*? Se ha repetido mucho que "toda novela tiene algo de historia, de la propia manera que toda historia tiene algo de novela." Así es en verdad, y por eso,—como sucede al leer la *María*,—cuando admiramos la fidelidad con que están retratadas ciertas escenas íntimas y nos embarga la tristeza infinita que rebosa de algunas páginas que parecen escritas con lágrimas, nos sentimos impulsados á creer que no se trata de una obra de imaginación sino de la historia real de un amor desgraciado.

Que Jorge Isaacs goce de reputación envidiable como abnegado esposo y tierno padre de familia, no es un argumento que pueda aducirse con éxito para probar que se han equivocado los que atribuyen á la po-

pular novela cierto carácter auto-biográfico; pues bien pudo su ilustre autor haber en sus mocedades tenido que lamentar la pérdida del ángel de sus primeros sueños de amor, y más tarde, cicatrizadas las heridas de su corazón por la mano del tiempo, por la resignación, y por la bondad de otro ser amante y virtuoso, fundado un hogar modelo, como lo es en verdad el del novelista colombiano.

Como quiera que sea, nosotros, lo repetimos, por modo alguno pretendemos negar ni afirmar nada á este respecto. Apuntamos la similitud ó coincidencia que hay entre las noticias biográficas de Isaacs por el Sr. Vergara, su compatriota, y las palabras que copiamos del citado capítulo de la *María*, y el lector seguirá la opinión que á su juicio sea más fundada.

Reseñar el argumento de la novela colombiana, sería lo mismo que describir el mar al que ha nacido en sus riberas. Desde los adolescentes que encuentran en esas páginas de amor un reflejo de sus propios ensueños, hasta los más graves críticos que han querido comprobar las bellezas que doctos é indoctos atribuyen á la producción sud-americana, se puede decir que todos la han leído. Para los primeros no hay reparo alguno que hacer al autor: es *María* urna que guarda entre flores inmortales los recuerdos de los más castos amores, los suspiros del más tierno de los corazones, las quejas más hondas y desgarradoras del alma, y la forma es por tal modo atrayente y cautivadora para ellos, que no pueden concebir cómo haya quien ose discutir si es perfecta ó nó. Para los críticos severos, fríos, que no se

despojan ni por un instante de sus vestiduras doctorales ni del cartabón de sus clásicas autoridades, *María* adolece de ciertos defectos que por mucho que sean superados por grandes y verdaderas bellezas, siempre son tales defectos. Mas, en último análisis el autor es loado por admiradores incondicionales y por críticos estirados; prueba evidente, mejor que otra alguna, de que la obra es de aquellas que se imponen porque llevan el sello del verdadero mérito cuyo poder es incontrastable. Naturalmente, — tal es la humana condición, — los que no se resignan á unir su voz á ese coro de alabanzas, son los que, por más que lo disimulen, se sienten heridos en su amor propio al mirar que no decae la popularidad de la novela colombiana. Me refiero á los novelistas que no ven agotada la edición única de sus obras, y que atribuyen los continuados triunfos de Isaacs á la admiración del vulgo indocto. Para esos son superiores las novelas de Saint Pierre, Chateaubriand y Lamartine, cuya lectura estuvo de moda años atrás. Y no sólo son superiores, sino que la del escritor sudamericano fué calcada en ellas, sin lograr, ni con eso elevarse su autor á la cima á que sus modelos llegaron.

Entre los libros buenos, hay unos que hacen pensar, y otros hay que hacen sentir. Quien después de terminada una lectura no consagra algunas horas á reflexionar sobre el tema por el autor desarrollado, ó no se siente vivamente impresionado, conmovido por las escenas á que la ficción artística le ha hecho asistir, ese lector puede estar seguro de que ha perdido lastimosamente el tiempo. *María* es del número de los libros

que no sólo interesan y proporcionan pasajera distracción al que los lee, sino que les hace partícipes de los sentimientos del autor, reflejados en los de sus héroes ó personajes. Ya esto es bastante para que no deba nadie, por mucho que le ofusque la pasión, colocarle entre las producciones que no alcanzan vida duradera.

Los críticos, á quienes he aludido ya, — y adviértase que no incluyo en ese número á los novelistas-críticos—no han podido ponerse de acuerdo en sus apreciaciones sobre la obra de Jorge Isaacs. Así, por ejemplo, el argentino Sr. Pelliza refutando á su compatriota el Sr. Estrada, hace consistir la superioridad de *María* sobre *Pablo y Virginia*, en que el colorido de esta última es tan vivo, tan risueño el cuadro y tan natural el drama en trasunto, que como obra de arte y de sentimiento no cede en mérito á su rival, no obstante su clásico y bien determinado defecto, que no es otro que el de escucharse el relato de los fríos labios de un anciano, como dijo muy bien el Sr. Estrada.

Cree el Sr. Pelliza que el libro de Saint Pierre es la naturaleza en el arte, y el de Jorge Isaacs es el arte y la ciencia en la naturaleza; que el primero pinta su cuadro con los colores netos del paisaje; que es el artista recogiendo las armonías de la creación en toda su espontánea magnificencia; que allí no hay esfuerzo; que todos los elementos aparecen colocados al alcance de la mano del autor, sin dejarle ni aun el trabajo de la distribución.

No sucede nada de eso en la obra de Isaacs en concepto del Sr. Pelliza, para quien los episodios matan el

drama principal, y para quien lo accesorio es pesado *sin dejar de ser excelente*. Para el crítico argentino, hay en la *María* capítulos inconexos que no solamente pueden desprenderse sin deslucir el libro, sino que sería necesario sacarlos de allí donde perjudican. Más todavía: á juicio del Sr. Pelliza la acción de la novela no es rápida ni se conserva la unidad de tiempo tanto como es debido; es parsimoniosa y prolija la descripción de las haciendas; la heroína no domina el libro y hay demasiado arte en las descripciones de la naturaleza. Y como si tantos reparos no bastaran, sigue estableciendo un paralelo entre *Pablo y Virginia* y *María*, ventajoso para aquella, como se verá por las siguientes líneas: "*María* no es una flor americana. Le falta el esplendor de la naturaleza tropical, sus líneas atrevidas y la morbidez arrogante de la sangre criolla en cuyas arterias no ha filtrado el virus consuntivo, ni la depresión orgánica consiguiente á la existencia pervigiliosa del gran mundo. La sencillez halagadora de *Virginia* y de *Graziella* es allí obra del arte. *María*, más que cuadro de costumbres de una remota comarca de América, es la creación suave y delicada de la fantasía enfermiza y doliente del romanticismo."

Hacemos notar que el Sr. Pelliza después de haber señalado esos y otros lunares que su refinado gusto le hace notar en la novela de Isaacs, hace de ella el elogio que va á ver el lector:

"*María* es un libro donde nada es malo, y sin exageración puede decirse que todo es bello; pero su plan tiene defectos y de allí nace la razón de la censura."

Mal se compadecen, á nuestro entender, las afirmaciones del crítico: si todo es bueno y todo es bello en una obra de arte, ¿á qué censurarla? Y no se conformó con la censura, sino que se lanzó á pronosticar que el libro, á pesar de su mérito, no conquistaría fama extensa.

Trece años han pasado desde que el Sr. Pelliza vaticinó tan triste suerte á la *María*, y en esos trece años las ediciones del libro se han multiplicado; lo cual demuestra, bien á las claras, que el crítico se equivocó.

Hay que observar también, que el mismo Sr. Pelliza había manifestado que para él que funda sus opiniones en una estética más filosófica y concreta que la del Sr. Estrada, la *Virginia* y la *María* son creaciones fundamentalmente opuestas, y por consiguiente difíciles de analizar por un mismo procedimiento, ¡y sin embargo establece un paralelo entre ambas!

A raíz de la publicación de la *María* en 1867, es decir, diez años antes de que el Sr. Pelliza formulase la crítica que substancialmente hemos dado á conocer hoy por primera vez en México, otro escritor de reconocida competencia había señalado las esenciales diferencias que hay entre la novela de Saint Pierre y la de Isaacs, como si hubiera previsto que la piedra de toque de los críticos sería la comparación de ambas obras.

"*María* pertenece en literatura,—dice el Sr. Vergara y Vergara ya citado,—al género sentimental; pero no tiene sino una sola hermana; la Historia holandesa, *porque es muy diferente de las otras novelas de esta clase, como Atala y Pablo y Virginia*. Pablo y Virginia es la historia de dos niños solitarios, donde con poco esfuer-



zo pudo el autor pintar un amor inocente, ó, mejor dicho, infantil. *María* es la narración de los amores de dos jóvenes rodeados de muchas personas, viviendo en una misma casa, y profundamente enamorados. Por lo tanto, la pintura de su amor es más fecunda, más interesante; pero más delicada por más peligrosa. Y sin embargo es tan casta, que así como los dos amantes no se dijeron una sola palabra que no pudieran oír sus padres, así en el libro no hay una página que no pueda leer una madre de familia. Virginia es la pintura de un hogar excepcional, en que lo excepcional mismo constituye su mayor encanto. No todos los días se ven dos madres viudas retiradas á una isla despoblada, teniendo la una una hija y una negra; la otra un hijo y un negro. Aquella simetría podrá ser, como es, muy bella; pero tiene que ser, como es, muy rara.

"Saint Pierre tuvo que arreglar primeramente las cosas á su gusto para describirlas después, y cuando un jugador arregla primero y á su gusto las piezas de su ajedrez, no puede tener gran trabajo en ganar su juego. *María* no es un hogar excepcional, sino común y muy común. No hay simetría ni resortes creados *ad hoc*: no hay soledad, gran recurso para el caso, ni sociedad abundante, que es otro recurso muy grande. Lo primero fué el principal auxilio de Chateaubriand y Saint Pierre; lo segundo es el mejor cómplice de Dumás y Sué. En *María* figuran el padre y la madre, dos hijos: Emma,—personaje de comparsa en el cuadro,—y Efrain, joven que vuelve de Bogotá á la casa paterna y se enamora de María, huérfana criada por sus tíos,

los padres de Efrain. Hay un niño, personaje innecesario para el inventor y del cual saca mucho partido el narrador haciéndolo asistir á los castos y ardorosos diálogos de los dos amantes, como un garante de la pureza de aquellos amores. El niño Juan representa el papel del ángel de la antorcha en la Huida de Egipto, de Vázquez: su antorcha sirve solamente para iluminar el rostro de la Virgen. Hay criados, colonos, vecinos que se visitan y un perro viejo llamado Mayo; cacerías, pasiones, deudas, trabajo, pesares, esperanzas, intriga, personajes secundarios útiles; hay, en fin, todo lo que se encuentra en una casa. María y Efrain no son dos niños en una isla desierta, como Pablo y Virginia, ni dos jóvenes solos en el Desierto como Chactas y Atala; María y Efrain son dos jóvenes vestidos con telas europeas, que vivieron en una hacienda del Cauca, se amaron, se fué él y..... ¿para qué decir el fin de la novela? Es la prosa de la vida vista con el lente de la poesía; es la naturaleza y la sociedad traducidas por un castizo y hábil traductor. *María* es un idilio, un canto del hogar; una crónica casera, un conjunto de escenas dichosas y tristes, hábilmente descritas."

Que el Sr. Vergara y Vergara está en lo cierto, bien lo patentiza un hecho que no puede haberse ocultado á la penetración del crítico argentino y que brevemente apuntaremos.

Si la *María* de Jorge Isaacs ha sobrevivido con gloria en la segunda mitad del siglo diez y nueve, cuando ya tiempo há que se dió de mano á las novelas con que ha querido comparársela, y que figuran como docu-

mentos literarios de inestimable valor pero que no forman la delicia de las actuales generaciones, es porque en *María*, aunque es del género sentimental, no hay convencionalismo sino verdad y naturalidad. No amarán hoy todos como Efrain amó y fué amado, pero no por eso puede decirse que amores así no hallan albergue en los corazones.

¿No es *María* una flor americana? ¿Le falta el esplendor de la naturaleza tropical? Perdónenos el Sr. Pelliza, si le decimos que en esta parte su censura no tiene, por manera alguna, justificación. Precisamente una de las causas que reconoce la inmensa popularidad de la novela que nos ocupa, es que sus páginas están llenas con la luz, con los colores, con las armonías de la espléndida naturaleza americana, diferenciándolas de las páginas que de continuo nos ofrece la literatura europea. A este propósito, refiere el Sr. Altamirano en su bellissimo artículo sobre la *María*, que la primera persona que llamó su atención hacia el libro de Isaacs, cuando se publicó por primera vez en México, hará poco más de veinte años, fué una joven inteligente en lecturas romancescas, á la cual joven le encantó el estilo sencillo y poéticamente descriptivo de una historia que tenía lugar en América, en un país muy semejante al de México, y especialmente al Sur, á la bellissima costa del Sur. "Como esa señora,—dice el Sr. Altamirano,—ha residido en esta comarca (la del Sur), se sorprendía de ver pintado el paisaje que le era familiar, de ver nombrados con sus nombres de provincia los árboles, las flores, los frutos; de ver descritas, poco más ó me-

nos, las costumbres; y aunque no podía saber aún cuáles eran los resortes dramáticos de que se valdría el autor, ni cuál podía ser el carácter de los personajes que ponía en juego, la sola exposición interesaba sus sentimientos, y el solo cuadro de la escena cautivaba su imaginación."

Con esas y otras recomendaciones llegó el libro á manos del Sr. Altamirano, suriano que ha conquistado gran celebridad en el mundo de las letras y que hoy reside en París estimado por los más ilustres literatos de la Metrópoli francesa.

Lo que el Sr. Altamirano sintió y pensó una vez que hubo conocido la novela colombiana lo expresa, con la galanura que se admira en todos sus escritos, en los siguientes pasajes de su citado artículo:

"Excusado es decir que ella (*María*) fué para mí un cáliz de néctar nunca probado, vivificante y embriagador, que me sumergió en un hondo éxtasis de poesía, de dolor, de inmensa tristeza.

"Sentí al leerla y al meditar sobre ella, algo de esa extraña impresión indefinible que sobrecoge al espíritu cuando se lee una tragedia de Eschilo ó de Sophocles; cuando se piensa en la desdicha de *Ophelia*; cuando se contemplan las desgracias de los seres débiles y dulces; cuando se encuentra uno frente á frente de ese inmenso poder que se llamó *Fatalidad* en los antiguos tiempos, y que proyecta siempre su sombra misteriosa tendida como una red traidora y terrible á los pies de la humanidad.

"Esto, en cuanto al espíritu de la novela.

“Pero en cuanto á su forma ¡qué adorable y original sencillez! ¡qué americanismo tan seductor y poético! Diríase que era una respuesta triunfal á los hablistas de Europa y á los inventores de complicadas intrigas. Para la gran novela de sentimiento, no se necesita del estilo académico, afectadamente arcaico y fastidiosamente ampuloso; para interesar á los corazones sensibles no se necesita tampoco del laberinto de una fábula complicada, ni del espectáculo de los personajes del gran mundo. Sólo se necesita de la verdad, contemplada por un gran talento. Tal es la regla en materia de Arte. Ya lo habían probado ante el mundo Pablo y Virginia, y Atala, y un poco antes, Clara de Alba, Delfina y Werther.

“MARÍA es la prueba concluyente, y más concluyente todavía, teniendo de superior á las anteriores, que su resorte dramático es más amargo, más real y no es culpable bajo el punto de vista de las leyes del mundo.

“Yo creo que MARÍA es superior á la obra de Chateaubriand, porque aquí no desempeña el papel del Destino antiguo, un voto inverosímil en una joven salvaje, como en Atala, ni el imposible moral del amor adúltero, el valladar que divide la suerte de los dos amantes, tan desdichados como inocentes.

“La ciencia y el egoísmo imperioso del amor paternal, sí, han podido hacer de una enfermedad tremenda y hereditaria, la segur que corta el hilo de las esperanzas amorosas. El viejo judío temblando por la suerte de su hijo y de sus nietos, es la fría personificación de la Ménade antigua, instrumento del Destino.

“¿MARÍA es un idilio ó una elegía? Á tal pregunta no puede responderse con la clasificación literaria. Es todo, como Pablo y Virginia, y como Atala, y como la *Tumba de hierro* de Conciense, ese otro poeta del infortunio amoroso.

“Como idilio, MARÍA es la poesía americana con sus cuadros pintorescos de riqueza exuberante, con sus inmensos rumores de bosques vírgenes, con sus ríos como mares, con su cielo diáfano y sus montañas gigantes y azules, con sus hombres fieros y sencillos, y sus amores inocentes y apasionados, casi religiosos.

“No: no hay en MARÍA páginas que producen sacudimiento como en las escenas desnudas de Zola, ni el acre realismo de Daudet, ni la sombría desolación que produce Balzac. Todo esto es el fruto de la vida de Europa; es el detritus de aquella civilización y de aquel sensualismo que gangrena una organización gastada y vieja.

“En MARÍA hay dolor, pero hay pureza; hay virginidad, hay aroma de flores silvestres y suaves. Esta novela es como las azucenas del Cauca, que nacen blancas y humildes, á orillas de los mansos arroyos y perfuman el ambiente del valle solitario, sin pretensión ni influencia maléfica. Es una gacela que cruza tímida y bella por entre la sombra de los bosques frescos y silenciosos; es la tórtola que gime escondida en el nido de sus hijuelos desgarrado por el azor.

“Ya se comprende ahora el por qué la pequeña historia de amor, ha llenado de lágrimas hasta rebosar, la copa de los corazones sensibles, porque en México MA-

ría será la dulce y preferida lectura de los que saben amar."

Hemos reproducido el juicio del Sr. Altamirano, en su parte esencial, tanto porque su autoridad en materias literarias está reconocida donde quiera, como porque ninguno mejor que él, hijo de las comarcas ardenetísimas del Sur, en las que se extasían propios y extraños ante la magnificencia de una naturaleza muy semejante si no igual á la descrita por Jorge Isaacs, ninguno mejor que él, decimos, podría haber denunciado la falta de verdad si la hubiese notado en las páginas del libro que estaba estudiando.

Justo Sierra, hijo también de la *tierra caliente*, y Guillermo Prieto que es el bardo mexicano por excelencia, han dedicado páginas bellísimas á loar la novela de Jorge Isaacs, y Gutiérrez Nájera, y otros muchos. Pero no citaremos sus palabras para que no se nos objete que la fascinación que ejerce en el espíritu de los poetas todo lo que es bello, es la que ha dictado esos elogios. De más de esto, sobre todos los elogios, y también sobre todas las críticas, está la universal aceptación que al mérito de la *María* han dado y continúan dando los amantes de lectura al agotar cuantas ediciones se hacen de la hermosa novela. Hasta ocioso parecerá á algunos que haya quien se empeñe en demostrar lo que todos reconocen.

Jorge Isaacs, como dijimos al comenzar, no solamente es novelista sino también poeta. Sin embargo, debe su fama á la novela de que acabamos de hablar, y creemos que con razón. De la propia manera que el Gene-

ral Mitre pasará á la posteridad como egregio historiador, como uno de los más ilustres historiadores hispano-americanos, porque á ello le dan indisputable derecho sus monumentales obras sobre *Belgrano* y *San Martín*, en tanto que de su obra poética se hará mención secundaria, así Jorge Isaacs vivirá eternamente circundando su nombre la refulgente aureola adquirida con el renombre de primer novelista colombiano, sin que amengüe en lo más mínimo su gloria la supremacía de otros poetas de su misma patria.

No pretendemos decir con esto que estén destituidas de buenas cualidades las composiciones poéticas del novelista del Cauca. Lejos de ello, cuando recordamos la acerba crítica del Dr. D. Nicolás de Avellaneda, de las poesías de Jorge Isaacs, nos apena que un ingenio tan preclaro como el del ilustre argentino, hubiese extremado la aplicación de su criterio estético al analizar los ensayos juveniles de un autor destinado á llevar con gloria el nombre hispano-americano de un confin á otro del mundo.

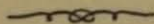
Si bien se examina, el juicio del Dr. Avellaneda, adolece de un error que va haciéndose cada día más común en achaques de crítica.

No hay, entre los que se dedican á ese difícilísimo magisterio, quien no pretenda sujetar á determinado cartabón las obras que caen bajo su dominio. De aquí que si el poeta no se propone ser adepto de una escuela filosófica, si procura únicamente realizar el arte por el arte, sin fines ulteriores, sin pretensión docente, sin tendencias trascendentales, sin buscar la solución de

problemas arduos, sin abarcar las miras de la familia humana, ú otras cosas no menos arduas, declárasele indigno de su siglo, indigno de la fama, indigno de todo, menos de que en él claven sus acerados dardos los críticos que encuentran una oportunidad para mostrarse eruditos y para proclamar una vez más su manera particular de entender el progreso y encaminar á todo el mundo por la única senda que conduce á la verdad. Con tal criterio y con las premisas que por modo arbitrario sientan esos críticos, natural es que rarísimo ó ningún poeta responda á las que se han dado en llamar necesidades del actual momento histórico.

¿Qué extraño pues, que á Jorge Isaacs no le llamen poeta los que desearían ver puestos al servicio de la sociología la imaginación y el sentimiento, como oímos á cada paso pretenderlo entre nosotros? ¿Acaso no hemos oído aducir para probar la mediocridad de un poeta, que éste no interpreta las doctrinas filosóficas y sociológicas de Herbert Spencer?

Dejemos las cosas como están, ya que no cabe en nuestras facultades imprimirles nuevo giro, ó por mejor decir, encauzarlas, y demos fin á este capítulo haciendo votos porque las letras hispano-americanas se enriquezcan con nuevas obras de tan exquisito mérito como la *María* de Jorge Isaacs.



JOSÉ ANTONIO DE LAVALLE.

Cierta ocasión el malogrado escritor y diplomático mexicano D. Angel Núñez Ortega me escribió desde Bruselas recomendándome que, pues gustaba yo de las producciones literarias de los hijos de Sud-América, procurase cultivar la amistad de un distinguido escritor peruano, el Sr. D. José Antonio de Lavalles, con quien me había puesto en relación el mismo Sr. Núñez Ortega.

“Lavalles,—me decía,—no sólo es un verdadero literato, de sólida instrucción y depurado gusto, sino un